



Páramo que separa; Páramo que une
Tensiones y diálogos bajo la niebla del
Sumapaz

Autor
María Camila Bonilla

Trabajo presentado como requisito para
optar por el
título de Profesional en Periodismo

Directora
Fernanda Barbosa

Escuela de Ciencias Humanas
Periodismo y Opinión Pública
Universidad del Rosario

Bogotá-Colombia
2022

PÁRAMO QUE SEPARA; PÁRAMO QUE UNE

LAS TENSIONES Y DIÁLOGOS BAJO LA NIEBLA DEL SUMAPAZ

María Camila Bonilla

Trabajo de Grado

Directora: Fernanda Barbosa

Universidad del Rosario, 2021





UNIVERSIDAD DEL ROSARIO



Tipo de trabajo:

Reportaje escrito

Directora:

Fernanda Barbosa

Ilustrado por:

Carlos Esteban Bonilla

Diseño:

María Camila Bonilla

ÍNDICE

Anexo

Introducción	4
Problema de investigación	6
Justificación	9
Objetivos	11
Metodología	12
Conclusiones	13-14
Bibliografía	13-14

Reportaje

Un territorio de luchas campesinas	15
La naturaleza por definir	20
Los años del terror	29
El 'convite'	39
Superando las fragmentaciones	49
	56

Agradecimientos

62

INTRODUCCIÓN



En la localidad de Sumapaz, en Bogotá, se vive un conflicto socioambiental, provocado por el choque entre dos estrategias de ordenamiento territorial: la delimitación del páramo de Sumapaz y la constitución de una Zona de Reserva Campesina. La delimitación prioriza principalmente la conservación del ecosistema, reduciendo las actividades productivas de las que vive una gran parte del campesinado sumapaceño. La propuesta de la ZRC en el Sumapaz ha chocado con la iniciativa de la delimitación del páramo, porque, dentro del plan de delimitación quedó el 78% de las hectáreas contempladas dentro del plan de la Zona de Reserva Campesina. Eso significaría que, dentro de estas áreas, no se podrían llevar a cabo los proyectos productivos contemplados dentro de la ZRC.

Por medio de este reportaje, se dan a conocer las perspectivas que sustentan ambas posturas, así como las relaciones que se construyen en torno al páramo en este contexto. Además, se muestran y narran momentos en donde estas concepciones de lo que es el páramo se unen en la cotidianidad de los campesinos.

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

La Guía divulgativa de criterios para delimitación de páramos en Colombia (2011) realizada por el Instituto Alexander von Humboldt explica que los páramos no son solo ecosistemas, sino que son territorios construidos social y culturalmente. En ese sentido, procesos como la delimitación de estos ecosistemas deben reconocer “una dimensión social y cultural del páramo, la cual debe ser contemplada con la misma importancia que se contempla la dimensión ecosistémica” (Rivera Ospina et al., 2011). Los páramos, entonces, como territorio socioecológicos, deberían mantener un balance entre la dimensión ecosistémica y la sociocultural.

Sin embargo, el choque entre la delimitación del Páramo de Sumapaz y la declaración de la Zona de Reserva Campesina en la localidad ha provocado una tensión entre la comunidad campesina y las autoridades ambientales. Los campesinos, perciben, por ejemplo, que las nuevas políticas ambientales los “van a sacar corriendo” (Daza, 2020, p. 93) del Páramo y que están reduciendo su territorio. Por su parte, las autoridades ambientales conciben que las actividades productivas campesinas son perjudiciales para el ecosistema (Sarmiento et al., 2017). Desde la sentencia para delimitar el Páramo en el 2017, esta tensión se hizo más evidente.

Como respuesta a esta problemática, la presente investigación pretende caracterizar las relaciones socioambientales alrededor del páramo

y del territorio rural en la localidad de Sumapaz en el contexto del posacuerdo, desde 2017, en el que se evidencia las tensiones entre la política ambiental de conservación y la declaración de una reserva campesina.

Se hizo un análisis de las condiciones de la localidad como páramo habitado que hacen que las relaciones sean tensas, que se evidencian, en parte, en las tensiones socioambientales entre la conservación prevista en la política ambiental de delimitación del páramo y la defensa de proyectos económicos de subsistencia a partir de la zona de reserva campesina. Se analizó también el contexto histórico de conflictos en el territorio y sus vínculos con las tensiones del presente, además de las expectativas de reconocimiento de los campesinos.

JUSTIFICACIÓN



A medida que aumentan las iniciativas a nivel mundial para proteger el medio ambiente y reglamentar políticas sostenibles, el interés sobre la protección de los ecosistemas estratégicos también ha incrementado, especialmente durante la última década. De acuerdo con el World Wide Fund for Nature (WWF), Colombia tiene el 50% de los ecosistemas de páramo del mundo. Estos tienen funciones importantes, por ser reguladores del ciclo del agua y proveedores de este recurso, además de ser ecosistemas clave en la mitigación del cambio climático. El Páramo de Sumapaz, en la región central de Colombia, es el más grande de mundo, con una extensión de 333.420 hectáreas. Las políticas ambientales de los últimos diez años, como la delimitación, diseñada para promover su conservación, han producido choques con las comunidades campesinas que habitan el páramo, especialmente en la localidad de Sumapaz.

La agenda internacional en torno a los ecosistemas de páramo, impulsada por organismos como las Naciones Unidas o la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), ha sido enfática en posicionar la conservación como una prioridad ante el avance del cambio climático. A pesar del apoyo internacional predominante a las iniciativas de conservación, lo cierto es que en Colombia los procesos de delimitación de páramos, reglamentados por la Ley 1450 de 2011, han sido objeto de tensiones y crítica. La delimitación de estos ecosistemas

tiene como objetivo identificar las áreas que deben ser conservadas, sin la intervención de actividad productiva alguna, y el uso del suelo en general.

Muchos de los páramos en el país, entre ellos el de Sumapaz, son áreas habitadas por campesinos, que han establecido sus hogares y familias en el territorio y subsisten a partir de la agricultura y la ganadería. La delimitación, así, implicaría una transición o disminución de la actividad productiva de las comunidades, lo que les genera desconfianza e incertidumbre. Además de esto, según Varona et al. (2020), una gran parte del campesinado ha percibido que el proceso de delimitación ha sido poco participativo y vertical, lo que promueve una desconfianza hacia las autoridades ambientales y percepción de que no son valorados.

Como respuesta a la desarticulación histórica con las instituciones distritales y nacionales, la localidad de Sumapaz ha venido adelantando un proceso para ser declarada una Zona de Reserva Campesina (ZRC), desde el 2004. Esta figura jurídica se establece para otorgar una mayor autonomía a los territorios campesinos, incentivando la economía campesina y la autogestión y conservación del territorio.

Después de la firma del Acuerdo de Paz entre el gobierno colombiano y las FARC-EP el 16 de septiembre de 2016, esta tensión se ha hecho más evidente. Por una parte, en el 2017 se firmó el decreto para delimitar el páramo definitivamente. Aunque en el 2019 una tutela tumbó la delimitación hecha anteriormente, y ordenó que el nuevo proceso cuente con una mayor participación de la comunidad campesina, existe

La Reforma Rural Integral es el primer punto del Acuerdo de Paz. Ahí se muestra un respaldo a iniciativas como la ZRC, en tanto en que también se apoyan los proyectos de desarrollo integral del campesinado. A la vez, el período de posconflicto representa la oportunidad de conservar efectivamente territorios que previamente habían estado expuestos y sometidos al contexto del conflicto armado. El Páramo de Sumapaz, por ejemplo, fue un corredor estratégico de las Farc y, así, estuvo bajo el control de la guerrilla. En este contexto de tensión entre la conservación del páramo y la consolidación de un proyecto de ordenamiento campesino, este trabajo es relevante como fuente de investigación periodística en las repercusiones de esta conflictividad en las relaciones que se forman en torno al páramo. Además, se pretende hacer un aporte a la investigación de estas relaciones.

OBJETIVOS






General

Caracterizar en un reportaje las relaciones socioambientales alrededor del páramo y del territorio rural en la localidad de Sumapaz en el contexto del posacuerdo, desde 2017, en el que se evidencia las tensiones entre la política ambiental de conservación y la declaración de una reserva campesina.



Específicos

-  Describir las condiciones y características de la vivencia rural en la localidad de Sumapaz, que se dan en el contexto de páramo habitado
-  Caracterizar las tensiones socioambientales entre la conservación prevista en la política ambiental de delimitación del páramo y la defensa de proyectos económicos de subsistencia a partir de la zona de reserva campesina.
-  Identificar las raíces históricas de los conflictos socioambientales y las expectativas de reconocimiento de la comunidad campesina.

METODOLOGÍA



El presente trabajo es una investigación periodística, con un diseño metodológico de tipo cualitativo. De acuerdo con el objetivo general, se trabajó con los campesinos de la localidad de Sumapaz y, en particular, con los habitantes del corregimiento de San Juan de Sumapaz. El producto final es un reportaje periodístico. El reportaje es un género periodístico que permite hacer una investigación en profundidad de un tema, con voces de personajes, datos y perspectivas académicas. Según afirma Echavarría Llombart (2010): “si el lector encuentra en la noticia una fotografía de la realidad, el reportaje le aporta una radiografía de la misma, una posibilidad de diagnóstico sobre el origen y las causas de lo que ocurre y sus posibles repercusiones futuras” (pág. 29).

Dentro de la investigación para el reportaje se realizó trabajo de campo en la comunidad de la vereda de San Juan, con apoyo de miembros del Sindicato de Trabajadores Agrícolas de Sumapaz. Se realizaron entrevistas y trabajo de campo, que iniciaron por medio de llamadas telefónicas debido a la situación de la pandemia. Se visitó la localidad después de haber hecho entrevistas previas, para complementar la información. Por otra parte, se realizaron entrevistas semi estructuradas con los campesinos de la localidad y con siete expertos en conflictos socioambientales, los ecosistemas de páramo o la historia del Sumapaz.

La entrevista semiestructurada se utiliza para “motivar a los informantes a explicar sus perspectivas únicas de los temas en cuestión y prestar cuidadosa atención al lenguaje particular y otras pistas que revelen estructuras de significado que los informantes usen para entender sus mundos” (Hatch, 2002, pág. 23). Las entrevistas se transcribieron e integraron al reportaje de acuerdo con la temática que trataban.

Durante el proceso, también se realizó una observación del ambiente, específicamente del páramo. Las sensaciones, percepciones, pensamientos y descripciones que se obtuvieron a partir de este ejercicio fueron agregadas al diario de campo y se utilizaron para alimentar los párrafos narrativos introductorios, para ubicar al lector, sobre las sensaciones del páramo. Finalmente, se hizo una revisión de leyes, datos, artículos y libro como fuentes para complementar lo dicho por campesinos, expertos y la observación. Los resultados de todo este proceso constituyen el reportaje escrito final.

CONCLUSIONES

Tras la realización del reportaje escrito, se concluye que los planes de delimitación del páramo y la Zona de Reserva Campesina no son incompatibles. Al contrario, podrían ser complementarios, debido a la reciente trayectoria de varias familias de campesinos encaminadas hacia el uso de la agroecología y prácticas de cuidado del páramo. La noción de que estos planes de ordenamiento chocan se debe, en parte, a las tensiones en el diálogo y relaciones de distintos actores que tienen intereses en el páramo, como los campesinos y las instituciones estatales. El acercamiento entre estos dos grupos especialmente es bastante importante para la toma de decisiones sobre cualquier tipo de manejo del páramo.

Además, también se concluye que la Zona de Reserva Campesina podría ser una herramienta relevante para la toma de decisiones sobre el territorio en un contexto de posacuerdo. Teniendo en cuenta que la localidad del Sumapaz fue afectada fuertemente por el conflicto armado, el apoyo a la ZRC podría ser algo positivo para las iniciativas de los sumapaceños.

Asimismo, es importante considerar al páramo como un actor, que ha tenido impactos también por el conflicto en la localidad, y que debe ser protegido en el período del posacuerdo.

Por último, se concluye que los procesos históricos socio-ambientales del páramo y conflicto armado son situaciones que han influido en el conflicto actual.

REFERENCIAS



Daza, J. (2020). De la defensa de la tierra a la del territorio: Transformación en las relaciones con el Páramo y giro eco-territorial en las comunidades campesinas del Sumapaz. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/76473>

Echavarría Llombart, B. (2010). El reportaje periodístico, una radiografía de la realidad: Cómo y por qué redactarlo. Comunicación Social.

Hatch, J. A. (2002). Doing qualitative research in education settings. Albany, NY: The State University of New York Press

Hernández, C. (2018, agosto 16). La zona de reserva campesina en Sumapaz, un papayazo para Duque. La Silla Vacía. <https://lasillavacia.com/silla-cachaca/la-zona-de-reserva-campesina-en-sumapaz-un-papayazo-para-duque-67491>

Rivera Ospina, D., Rodríguez, C., & Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt (Colombia). (2011). Guía divulgativa de criterios para la delimitación de páramos de Colombia. Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander Von Humboldt.

Sarmiento, C., Osejo, A., Ungar, P., & Zapata, J. (2017). Páramos habitados: Desafíos para la gobernanza ambiental de la alta montaña en Colombia. Biodiversidad en la Práctica, 2(1), 122-145.

Varona, A. O., Ungar, P., Escobar, D., Mendez, M. C., Pachón, F., & Valencia, L. (2020). Desafíos y posibilidades de la actual política de páramos: Diálogos en torno a Guerrero y Sumapaz. *Biodiversidad en la Práctica*, 5(1).

PÁRAMO QUE SEPARA; PÁRAMO QUE UNE

**LAS TENSIONES Y DIÁLOGOS BAJO LA NIEBLA
DEL SUMAPAZ**

A partir de los 3.000 metros sobre el nivel del mar el páramo de Sumapaz empieza formalmente a existir. En el territorio de más de 300.000 hectáreas del páramo, el vasto espacio genera una sensación de silencio. El páramo se traga el sonido viajero, pero las historias de los abuelos, los frailejones y las luchas son más presentes a cada kilómetro de la subida. El aire es cada vez más gélido y los colores se vuelven fríos y, si se quiere, hostiles. A la primera mirada de quien llega el entorno se viste únicamente como paisaje, pero poco a poco devela sus otros rostros: el hogar, el campo de batalla y la nueva convivencia.

Para sus habitantes, es la tierra donde generaciones y generaciones de la misma familia han permanecido, es su lugar de nacimiento y muerte.

A pesar del desconocimiento en la ciudad, el páramo despierta diferentes intereses. Actualmente, dos de ellos se confrontan. Los campesinos lo ven como el lugar para fomentar sus actividades productivas y sustento diario. Las instituciones estatales y algunas organizaciones ambientales proponen que debe ser conservado, sin tanta intervención humana. Esa diferencia ha llevado a un choque entre dos formas de organizar el territorio, de ver y vivir el páramo.

Parmenio Poveda tiene su ruana a la mano, pero dice que, como está haciendo algo de bochorno, no se la pondrá. La niebla acobija todo el horizonte a la vista desde el centro poblado de San Juan. A ambos lados de la calle hay casas de colores, pero se ve poca gente afuera. Se oyen ladridos y relinchos, casi los únicos sonidos además del propio silencio del páramo. Poveda tiene 61 años y por 60 de ellos ha vivido ahí.

Para él, su “patria pequeña”, como la llama, con su frío inimaginable, que puede llegar hasta unos cinco grados bajo cero, y todo el trabajo que cuesta, es el lugar al que se dedicará, por el tiempo que sea necesario, a defender. El Sumapaz es, a la vez, una provincia en Cundinamarca, comprendida por 10

municipios, y la localidad número 20 de Bogotá. Parmenio Poveda es parte de los más de cinco mil habitantes de la localidad, la más grande y la menos densa de la capital.

Sumapaz está alejada de gran parte de la ciudad, a tres horas y media de Usme, pero parece ser aún más distante. El límite entre lo urbano y lo rural supera la frontera física: simbólicamente, el páramo es ajeno a la capital. Desde la perspectiva distante, este es lugar que ostenta el páramo más grande del mundo y una fuente considerable de los llamados recursos estratégicos.

El Sumapaz está cubierto por mucha vegetación, como los frailejones. Al igual que muchos campesinos como Poveda, estas plantas han estado en la localidad toda su vida, que puede ser hasta de 100 años. Han estado presentes en los páramos desde sus inicios como ecosistema, hace unos dos millones de años. Durante la colonización española, estas plantas eran vistas, entre la niebla y desde la lejanía, como una procesión de frailes: de ahí su nombre.

La especie más común del frailejón es la *Espeletia grandiflora* y la especie más grande es la *Espeletia uribei* que puede llegar a medir hasta 12 metros de altura. Todos sus procesos vitales son lentos. Se demoran unos tres años en germinar y crecen poco cada año. Son gran parte del telar fundamental del páramo, tanto en su apariencia como en su función. En sus hojas y sus raíces, cada frailejón almacena grandes cantidades de agua: pueden llegar a retener 25 veces su peso en agua. Estos “abuelos del páramo”, como algunos los llaman, son también habitantes de este ecosistema y testigos de toda la historia del Sumapaz.

En este contexto de convivencia entre lo social y lo ambiental, surgen las propuestas de la Zona de Reserva Campesina (ZRC) y la delimitación del páramo. La reserva campesina es una figura de ordenamiento territorial que tiene como propósito garantizar la participación campesina en la construcción de propuestas para la localidad. En particular, se enfoca en fortalecer la economía, limitar el latifundio y frenar la expansión de la frontera agrícola. Desde hace aproximadamente 10 años, un grupo de campesinos de la localidad ha estado impulsando esta propuesta. Ahora están a la espera de que la Agencia Nacional de Tierras (ANT), entidad encargada de la aprobación de la solicitud, les de la respuesta final.

La delimitación del páramo es más reciente, y se definió en 2017 por el Ministerio de Ambiente como parte de la legislación de protección de estos ecosistemas. Esta forma de reglamentación identifica las áreas que se consideran zonas de páramo e indica que no se pueden realizar actividades productivas o mineras en estas áreas de protección especial, como las llama el ministerio. En 2019 un grupo de campesinos de la zona ganó una tutela que tumbó el acto administrativo de la delimitación. Actualmente, el Ministerio busca nuevamente su aprobación.

El choque entre las dos propuestas se acentúa porque, cruzando el espacio en el que se quieren instaurar, ambas coinciden en el 77% del territorio. En caso de que sea aprobada la delimitación, las actividades de la ZRC no podrían “ir en contravía e impactar de manera negativa los usos propuestos para el área del páramo”, según Luis Francisco Camargo, director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos del Ministerio de Ambiente.

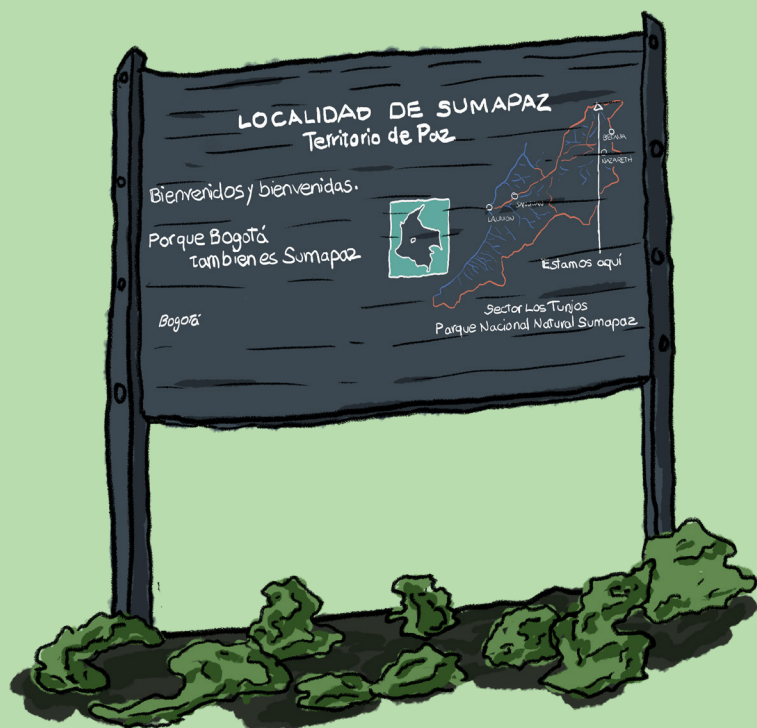
Ante este panorama de tensión, el territorio de Sumapaz, el páramo, cuelga entre los campesinos que lo habitan y las instituciones que se proponen reglamentarlo para la conservación. La subida al páramo es lenta y difícil, pero, al llegar arriba, está el hallazgo de ver el páramo puro y entenderlo todo, un poco más.

La tensión entre campesinos e instituciones es igual de trabajosa a esta subida. Se irá desenredando a medida que se aborden las distintas historias, conflictos e intereses que confluyen en el Páramo de Sumapaz, centro de desencuentros y separaciones, y también lugar de convivencia y uniones.

Antes de adentrarse en la problemática, es también importante sentir el páramo, como un actor en sí mismo. El páramo nos habla a través de nuestros sentidos y sensaciones: el color de su vegetación, la abundancia o falta de agua que se siente en el aire, el sonido del viento, el oxígeno que nos falta. Ésta es una invitación a escuchar al páramo a medida en que profundizamos en las tensiones que lo caracterizan actualmente.

Un territorio de luchas campesinas

2.700 metros sobre el nivel del mar. La carretera asfaltada aún está completa, sin baches en el camino. Es temprano en la mañana y el frío roza la cara de los primeros caminantes. El paisaje es prístino: lagunas rodeadas de cuerdas, avisos pedagógicos sobre la presencia de animales del páramo, señalizaciones del Parque Nacional Natural. A los lados de la carretera hay pequeñas laderas de plantas verdes y, más allá de eso, no se distingue qué hay, por la niebla espesa. No se ven animales, ni personas, parece un territorio fantasma. En la mañana, el prepáramo es espacio vacío: mucho aire, mucho frío, mucha quietud. Un letrero da la primera señal de que en el territorio habita alguien: los miles de paramunos que han vivido y luchado por quedarse en el páramo. En la madera, el grabado dice: “Localidad de Sumapaz, territorio de paz. Bienvenidos y bienvenidas.”



La localidad de Sumapaz lleva más de siglo y medio envuelta en un entramado de enfrentamientos y conflictos relacionados con la tenencia de la tierra. Desde finales del siglo XIX, la región fue centro de disputas entre terratenientes y colonos. Según un informe del Ministerio de Industrias de 1930, la

Hacienda Sumapaz fue propiedad de los Pardo Roche, terratenientes bogotanos que le compraron a Francisco Escallón una parte de la Hacienda en 1894. La propiedad se expandió y, con el tiempo, llegó a 203,996 hectáreas: un territorio del tamaño de Bogotá y Medellín combinados hoy en día. Sin embargo, amplias áreas no estaban tituladas y eran baldíos, es decir, pertenecientes al Estado, según explica la historiadora Rocío Londoño en su libro ‘Juan de la Cruz Varela: sociedad y política en la región de Sumapaz’. Esto pasó porque los documentos notarios no precisaban el tamaño exacto de la propiedad y solo indicaban linderos generales. Así, se posibilitó que los Pardo Roche ampliaran su Hacienda sin mayor control. Las condiciones para los trabajadores de la hacienda eran precarias, ya que “tenían que pagar tributos, dar días de trabajo sin remuneración, eran tratados como personas de segunda clase”, según el historiador sumapaceño Carlos Morales.

Bajo los liderazgos de personas como Juan de la Cruz Varela y Erasmo Valencia, los campesinos sumapaceños se organizaron para exigir sus derechos, principalmente con relación a la tenencia de la tierra, entre las décadas de 1930 y 1960. Sus principales peticiones eran que se eliminara el sistema de tributos y que se les titulara las tierras donde habían trabajado, ya que esos territorios eran baldíos.

Los caminos de Juan de la Cruz Varela, de Ráquira, y el líder campesino caldense Erasmo Valencia se cruzaron en el Sumapaz, donde Valencia fundó la Sociedad Agrícola de la Colonia del Sumapaz. Estos dos líderes trabajaron por las reivindicaciones campesinas hasta la muerte de Valencia en 1949. Según cuenta Rocío Londoño en su libro acerca de este líder, Juan de la Cruz se destacó como líder al ayudar a otros campesinos a organizarse para denunciar sus

pleitos con hacendados.

Durante la década de 1950, surgieron autodefensas campesinas en la región del Sumapaz, cuando el movimiento agrario campesino decidió alzarse en armas, ante el recrudecimiento de la persecución y violencia por parte de facciones conservadoras. Varela se une a estas y se vuelve comandante un tiempo después. La formación de las autodefensas comenzó en los municipios de Villarrica e Icononzo, en Tolima, y se expandió hacia el Alto Sumapaz. Aunque dejaron las armas en 1953 por la amnistía ofrecida por el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, en 1955 las retomaron, después de los “Bombardeos de Sumapaz”, en los que militares atacaron Villarrica con bombas de napalm.

En 1957, las autodefensas negociaron su desmovilización y Juan de la Cruz se fue a vivir al municipio de Cabrera. Los campesinos de Sumapaz lo recuerdan como uno de sus más grandes líderes y el historiador Carlos Morales se refiere a él como “el abuelo Juan”. En el mismo año, surgió el Sindicato de Trabajadores Agrícolas de Sumapaz (Sintrapaz), como parte del proceso de organización campesina. Según Hernando Bejarano, integrante del sindicato, su apuesta se ha centrado en luchar por la tierra, por la paz y por el desarrollo del territorio. La propuesta de conformación de la Zona de Reserva Campesina sigue, entonces, un hilo histórico de reivindicaciones campesinas sobre el territorio.

Las ZRC están consagradas en la Ley 160 de 1994 con el propósito de “fomentar y estabilizar la economía campesina, superar las causas de los conflictos sociales que las afecten y, en general, crear las condiciones para el logro de la paz y la justicia social en las áreas respectivas”. Surgieron como una forma de atender algunos de los motores de lucha campesina, especialmente

con relación a la tierra.

La reglamentación de las zonas de reserva campesina fue una respuesta a comunidades de cocaleros que buscaban mejores condiciones de vida, explica la abogada Ana Jimena Bautista, y coordinadora de la Línea de Tierras y Campesinado de la organización Dejusticia. Las ZRC son figuras de ordenamiento territorial con una autonomía más limitada que otras, como los resguardos indígenas, y están pensadas para territorios rurales con grandes baldíos y de tradición campesina, como el Sumapaz, añade la abogada. Varios de estos tuvieron la presencia de grupos al margen de la ley, al tener poca presencia estatal. En la localidad 20 de Bogotá, hubo presencia de la guerrilla de las Farc hacia finales del siglo XX, que veía el páramo como un territorio estratégico, por estar cerca a Bogotá y conectar varios departamentos.

El enredo legal

El área propuesta de la ZRC de Sumapaz incluiría a 16 de las 28 veredas de la localidad, entre ellas las 14 del corregimiento de San Juan y dos del corregimiento de Nazareth: las Animas y Sopas. Bejarano explica que el proceso “internamente ha sido muy debatido, muy discutido por las comunidades. Por eso fueron solo esas 16 veredas las que decidieron hacer parte de la propuesta”. Se calcula, entonces, que el territorio de la ZRC representaría un tercio del área de la localidad y aproximadamente un 16% de Bogotá.

Sintrapaz impulsó la propuesta desde los años 2000, pero solo la formalizó diez años después, con el apoyo de la Asociación de Juntas Comunales (Asojuntas) de la localidad, ante el ahora liquidado Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (Incoder).



La ZRC en la localidad de Sumapaz abarcaría 16 veredas

La ZRC apunta a “superar las causas” de los conflictos sociales que han afectado el desarrollo de la economía campesina. Por eso, tres de sus grandes enfoques son regular la propiedad rural; mejorar el acceso de los campesinos

a la propiedad de la tierra; y fortalecer la economía campesina.

Un punto importante con relación a este último objetivo es que las ZRC buscan asegurar una organización en los aspectos productivos, de acuerdo con las características de los suelos. Tradicionalmente, las actividades principales de la localidad han sido el cultivo de papa, de cebolla y la crianza de ganado para la producción de lácteos. La falta de diversidad en los cultivos se debe a que los suelos son ácidos y las plantas no pueden captar nutrientes fácilmente, explica Jesús Orlando Vargas, biólogo experto en páramos. En ese sentido, una parte de la propuesta de la ZRC es generar nuevos planteamientos para el desarrollo técnico para el trabajo con el suelo.

Campesinos como Parmenio Poveda defienden un cambio en la forma de producción, por medio de una serie de talleres que ayudarían a lidiar con los suelos frágiles sin la maquinaria pesada y los agroquímicos que los están dañando. “Con la Zona de Reserva voy a poder trabajar con el vecino, con la comunidad, y voy a poder sembrar de forma diferente y no dañar el suelo.” La aprobación de la ZRC, sin embargo, está congelada. A partir de la liquidación del Incoder, en 2016, la Agencia Nacional de Tierras (ANT) quedó a cargo de la aprobación del proceso. De acuerdo con los lineamientos de esta entidad, el proceso para la conformación tiene 10 etapas.

Durante la gestión del Incoder, se llegó hasta la sexta etapa, la audiencia pública con la comunidad. Desde entonces, la solicitud está estancada en los últimos cuatro pasos.

“En el 2017, desde el punto de vista normativo, la ZRC estaba a un paso de constituirse formalmente”, cuenta Bejarano.

Sin embargo, al presentar la propuesta ese mismo año ante el Consejo Directivo de la Agencia Nacional de Tierras, compuesto por 11 instituciones, no fue aprobada.

El punto de discordia fue el Plan de Desarrollo Sostenible, el documento que presenta los elementos principales de la ZRC, la caracterización de la localidad y las actividades productivas. El Ministerio de Ambiente y la Unidad de Planificación Rural Agropecuaria (UPRA), miembros del consejo de ANT, manifestaron que actividades agropecuarias en los páramos están prohibidas desde el 2011. La Agencia Nacional de Tierras entonces requirió que el Plan de Desarrollo Sostenible fuera ajustado para atender los usos del suelo permitidos. A partir de esta condición, Sintrapaz realizó un anexo técnico, con el apoyo de la Unión Europea, donde se “aclaró el alcance del componente ambiental”, explica Hernando Bejarano. Dentro del documento se establece el reconocimiento de la delimitación del páramo y se hace una propuesta, a grandes rasgos, sobre los usos de cada área de la ZRC. Entre ellos están: reconversión de actividades agropecuarias, es decir, el cambio en los sistemas de producción, por ejemplo, de agricultura con fertilizantes a agricultura orgánica; cierre de actividades mineras; reconversión agropecuaria y restauración; y preservación y restauración. El documento también añade información sobre la caracterización biológica del páramo y establece las revisiones que se deben incluir en el Plan de Desarrollo Sostenible.

A mediados del 2020, la ANT citó a integrantes de Sintrapaz para establecer un cronograma de trabajo, con el acompañamiento de la Procuraduría y la Defensoría del Pueblo.

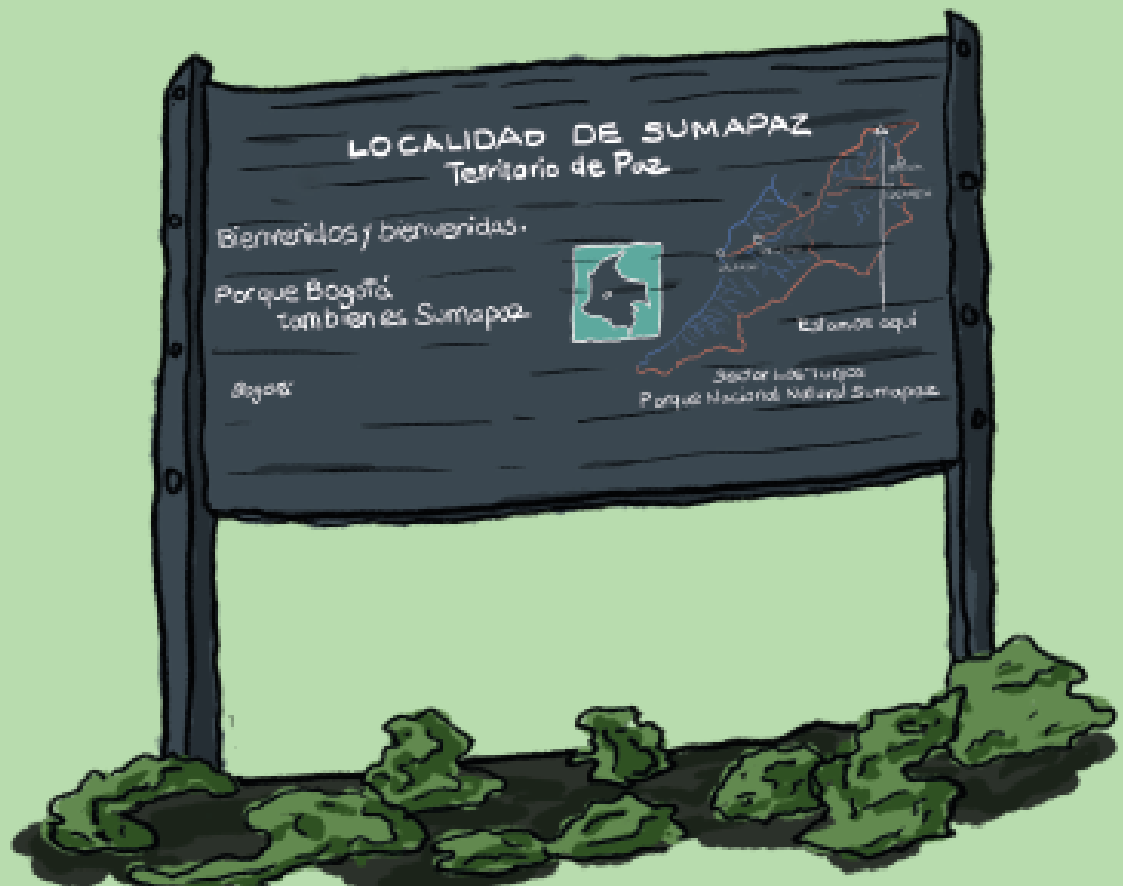
“La sorpresa para nosotros es que prácticamente volvimos al punto discordante del 2017, que la ZRC de Sumapaz tiene una serie de dificultades porque está en área de páramo”, cuenta Bejarano. Para ellos, la dilación permanente de este proceso es un indicio de que la Zona de Reserva Campesina sufre presiones muy grandes, por estar en un territorio que ha sido históricamente estratégico y por hacer parte de Bogotá.

Según el subdirector técnico de la ANT, Campo Elías Vega, la fase actual del proceso está centrada en concertar un diálogo con los campesinos para resolver los ajustes en el Plan de Desarrollo Sostenible y adelantar otras tareas del plan de trabajo.

A raíz de este nuevo pare en el camino, a finales del año pasado Sintrapaz tomó la decisión de reunirse con un grupo de abogados de la organización Dejusticia. Con el acompañamiento de ellos, interpusieron una tutela el 16 de diciembre de 2020. Esta tutela, en la que también participan otras tres organizaciones campesinas, buscó que un juez le ordenara a la Agencia Nacional de Tierras que constituyera tres Zonas de Reserva Campesina: la de Sumapaz, la de Losada-Guayabero (Meta) y la de Güejar-Cafre (Meta).

Según la abogada de Dejusticia Ana Jimena Bautista, estos tres procesos ya cumplen con todos los requisitos para la conformación de las. Dejusticia, entonces, argumenta que se están vulnerando los derechos a la territorialidad campesina, al debido proceso y la igualdad material.

En el caso particular de Sumapaz, Bautista considera que el argumento de la ANT no es proporcional y viola los derechos del campesinado, porque le pide ajustar su plan de desarrollo a las reglas de la delimitación del páramo, sin que estas existan oficialmente en un Plan de Manejo. Este está a cargo de las autoridades ambientales regionales, en este caso, la Corporación Autónoma Regional (CAR).



La naturaleza por definir

2.900 metros sobre el nivel del mar. *La entrada al páramo no se siente, ni en el cuerpo, ni en la carretera. Es una experiencia inmersiva, pero gradual: de repente, el páramo alrededor se ve infinito. Montañas, faldas de frailejones, lagunas como espejos y niebla que navega kilómetros y kilómetros. Muchos viajeros, que vienen desde distintas partes del país, han confesado que no sabían cuándo ya estaban aquí, en suelo paramuno, sino hasta que el frío del aire los despertaba, por lo cortante. También han contado que se sienten las primeras personas en explorar este mundo, como si lo acabaran de descubrir. Es aquí, cuando las laderas se agrandan y los colores del paisaje se tornan fríos, que se da una suerte de experiencia elemental: el humano se encuentra con esta naturaleza abierta y la quiere conocer, entender, inventariar. En el fondo, es una forma de pertenecer a este lugar.*

La política de delimitación de páramos en Colombia, encaminada a indicar las distintas partes del ecosistema y los usos de sus suelos, es nueva. Hay precedentes que resaltaron la importancia de proteger ecosistemas estratégicos, como la Constitución de 1991 o el Código de Recursos Naturales Renovables y de Protección al Medio Ambiente de 1974. Tres años después, fue decretada la consolidación del Parque Nacional Natural Sumapaz como una figura más para ayudar a la conservación del ecosistema. La delimitación de los páramos en sí se crea en 2011, durante el primer período presidencial de Juan Manuel Santos, dentro del Plan Nacional de Desarrollo.

En general, esta política indica qué partes del ecosistema deben ser protegidas de cualquier tipo de actividad productiva, bien sea algo como la agricultura a mediana escala o la minería intensiva. La Ley de Páramos, expedida en el 2018, tiene como objetivo garantizar la gestión integral de estos ecosistemas, al priorizar su conservación, restauración y uso sostenible.

La ley incluye la delimitación en el artículo 4 como instrumento para la regulación de los páramos. Aunque en el 2017 se declaró que el Páramo de Sumapaz quedó delimitado, una tutela interpuesta en 2019 por miembros de la comunidad de la región tumbó este proceso, argumentando que no contó con la participación de los sumapaceños.

La delimitación identifica el “área que es objeto de protección especial y a partir de ello, indica que hay unas actividades cuyo desarrollo afectan de manera ostensible la conservación del ecosistema”, explica Luis Francisco Camargo, director de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos del Ministerio de Ambiente. Para realizar este proceso, se determinó que el Instituto Alexander von Humboldt, encargado de investigaciones sobre biodiversidad y servicios ecosistémicos, haría una cartografía, con un área de referencia para la delimitación, y que se utilizaría la caracterización social, ambiental y económica dada por estudios técnicos realizados por la Corporación Autónoma Regional (CAR). La caracterización tiene en cuenta distintos elementos, como la descripción del paisaje y los cambios que ha tenido, o las formas de representación y gobernanza que se presentan en la localidad.

Como diferentes instituciones han reconocido la importancia ecológica de los páramos, la delimitación se ha presentado como una política ambiental con una prioridad importante dentro de la agenda actual. Además, se enmarca en uno de los niveles de regulación previstos por el sistema jurídico ambiental del país, el que establece los usos y aprovechamientos de los ecosistemas, según Mauricio Madrigal, abogado especializado en derecho del medio ambiente.

Para el tema ambiental, las leyes tienen como base tanto el principio de protección de la naturaleza como el derecho humano a un ambiente sano, agrega el abogado, que es director de la Clínica Jurídica de Medio Ambiente y Salud Pública de la Universidad de los Andes.

En la visión de sumapaceños de Sintrapaz, la nueva política de la delimitación de los páramos es un indicador de una nueva visión: los humanos y la naturaleza no pertenecen a los mismos espacios. A lo largo de los últimos años, la presencia y actividad de los campesinos en el páramo se ha cuestionado cada vez más por parte de algunas entidades ambientales e investigaciones académicas. La agricultura y ganadería son los puntos principales de la crítica, pero prácticas como la caza, pesca y quema de sectores del páramo también han sido criticadas. Según explica Jesús Orlando Vargas, biólogo experto en páramos, la presencia de personas en estos ecosistemas ha causado varios disturbios que hacen que el páramo pierda su vegetación nativa y sus nutrientes progresivamente.

Además, los animales grandes, como las vacas o los caballos, no son parte endémica de estos ecosistemas. Cuando llegan al páramo, causan cambios, como la transformación de la vegetación natural por pasturas. Las quemas del páramo, en parte, se empezaron a hacer para generar el pasto que el ganado come.

El biólogo también afirma que, como los suelos de páramo son muy blandos, porque son porosos y llenos de agua, el peso del ganado hace que se hundan. “Las pezuñas de las vacas son como cuchillas, entonces se va penetrando el suelo y de tanto pisotearlo lo compacta.”

Eventualmente, eso hace que se vaya perdiendo la capacidad de regulación hídrica del páramo, es decir, que el suelo ya no pueda absorber tanta agua como antes.

Con los tractores utilizados para la agricultura a gran escala pasa algo similar que con el ganado. La producción agrícola, de la mano del uso de agroquímicos, afecta los suelos, los ríos y lagunas cercanos. “Como la agricultura normalmente se hace en laderas, los químicos y fertilizantes se pueden escurrir a los cuerpos de agua”, explica Vargas. Según el diagnóstico de los suelos hecho para la propuesta de Plan de Desarrollo Sostenible de la ZRC, cerca de un cuarto del área de la localidad está siendo utilizada para producción agropecuaria. En el corregimiento de San Juan es donde se encuentra la mayor cantidad de suelo cultivado: cerca del 60%.

Misael Baquero es uno de los campesinos de este corregimiento que utilizó fertilizantes e hizo quemas controladas de sectores del páramo por algún tiempo de su vida. Nació en San Juan de Sumapaz y ha vivido casi todos sus 62 años en la localidad. Ahora vive en una finca en la vereda de Santo Domingo, a unos tres kilómetros del centro poblado de San Juan. Desde pequeño, ha trabajado la tierra. Hoy en día, ordeña sus vacas y siembra 100% orgánico. Dice que se preocupa por cuidar de todo lo del páramo. Pero no siempre fue así.

Recuerda que, cuando era joven, su hermano y él compraron una “olla”, la “olla de Clarincito”, porque su finca era muy pequeña y no podían mantener ganado. La “olla” es un territorio que está en la parte de abajo de una quebrada, entre dos filos de montaña. Baquero y su hermano se iban allá a trabajar y, en verano, tenían que hacer quemas para mantener el ganado.

Cuando habían quemado mucho, volvían contentos a su finca, porque sabían que iba a haber harto pasto.

— Nosotros heredamos costumbres que nos parecían sanas, ¿sí?— explica, ajustándose su sombrero.

—¿Y cuándo pararon?

— Hace unos 20 años más o menos entramos en razón y decidimos no quemar más, y no mantener ganado allá. Que se conserve.

— ¿Cuáles otras costumbres heredaron?

— Primero, de nuestros ancestros, la caza, pero también después el uso de todos esos venenos.

Los venenos de la tierra, los agroquímicos, son los que Baquero atribuye a la llegada de todo el “cuento” de la Revolución Verde. Esta fue una iniciativa del período después de la Segunda Guerra Mundial, donde había una escasez de alimentos en el mundo, para fortalecer las tecnologías y productos para aumentar la producción agrícola. Mateo Vásquez, sociólogo de la Universidad del Rosario, que ha investigado sobre las prácticas productivas de los sumapaceños, explica que el objetivo era “incrementar el volumen de producción en el menor tiempo posible”, y que esto dio lugar a la popularización de los agroquímicos, insecticidas y tractores.

Cuando la producción agrícola en el Sumapaz era más artesanal, explica Vásquez, se cultivaba a pequeña escala y se utilizaba la yunta de bueyes para arar el suelo. Sin embargo, el discurso de la Revolución Verde fue promovido institucionalmente y abarcó muchísimos espacios, incluido el Sumapaz. Parmenio Poveda cuenta que él comenzó a utilizar fertilizantes desde la década de los setenta, porque los tenderos de Abastos o de la Plaza de Bolívar en

Bogotá les recomendaron agroquímicos para fortalecer la cosecha de papa.

— Yo le echaba hasta dos manotadas de abono químico, imagínese — dice con media sonrisa como incrédula.

Irse a lo orgánico

No fue hasta su época como representante de Sintrapaz ante la Federación Nacional Sindical Unitaria Agropecuaria (Fensuagro) en el principio de los años 2000 que este sumpaceño consideró otra forma de producción. Una vez, también por esos años, lo invitaron a un curso de agricultura orgánica de una semana, en el municipio de Viotá, Cundinamarca. Lo dictó un ingeniero agrónomo del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA).

“Ahí fue como si me hubieran quitado una venda”, explica, “porque yo llegué sin tener idea de qué era lo orgánico”. Durante esos cinco días, les dictaron clases acerca de los suelos e hicieron talleres de abonos orgánicos.

Volvió a la localidad emocionado, listo para empezar el cambio en su finca y para compartir lo que había aprendido. Aunque en ese entonces la gente no le creía y hasta lo “tomaron de burla”, porque el discurso de la Revolución Verde caló profundamente, desde hace 16 años Poveda no aplica agroquímicos. Actualmente, la producción orgánica aún está lejos de ser unanimidad, debido al desconocimiento, pero también a que “irse a lo orgánico” no es lo más productivo. Al incrementar los productos de precio, además, tienen más dificultades comercializándolos.

En el caso de Parmenio, puede sacar de tres a seis veces más de un cultivo de papa usando agroquímicos, comparado a lo que obtiene sin usar estos

productos. El campesino explica que el deterioro de los suelos causado por los fertilizantes afecta aún más el éxito de la producción orgánica. Producir menos dificulta la transición hacia un modo de producción diferente.

Para Poveda lo que falta es apoyo estatal y educación, que para él son las formas de acelerar este cambio y sanar el suelo, para que dé más con los abonos orgánicos. Misael Baquero dice que muchas de las figuras de conservación que se decretan en el páramo, como la delimitación o el Parque Nacional Natural, llegan a prohibir y sancionar, y no necesariamente a enseñar cómo hacer los cambios que proponen. En parte por esto, muchos habitantes de Sumapaz ven con recelo la constitución del Parque Nacional Natural (PNN) del páramo, que se declaró en 1977. Este abarca el 43% del complejo del páramo Cruz Verde-Sumapaz.

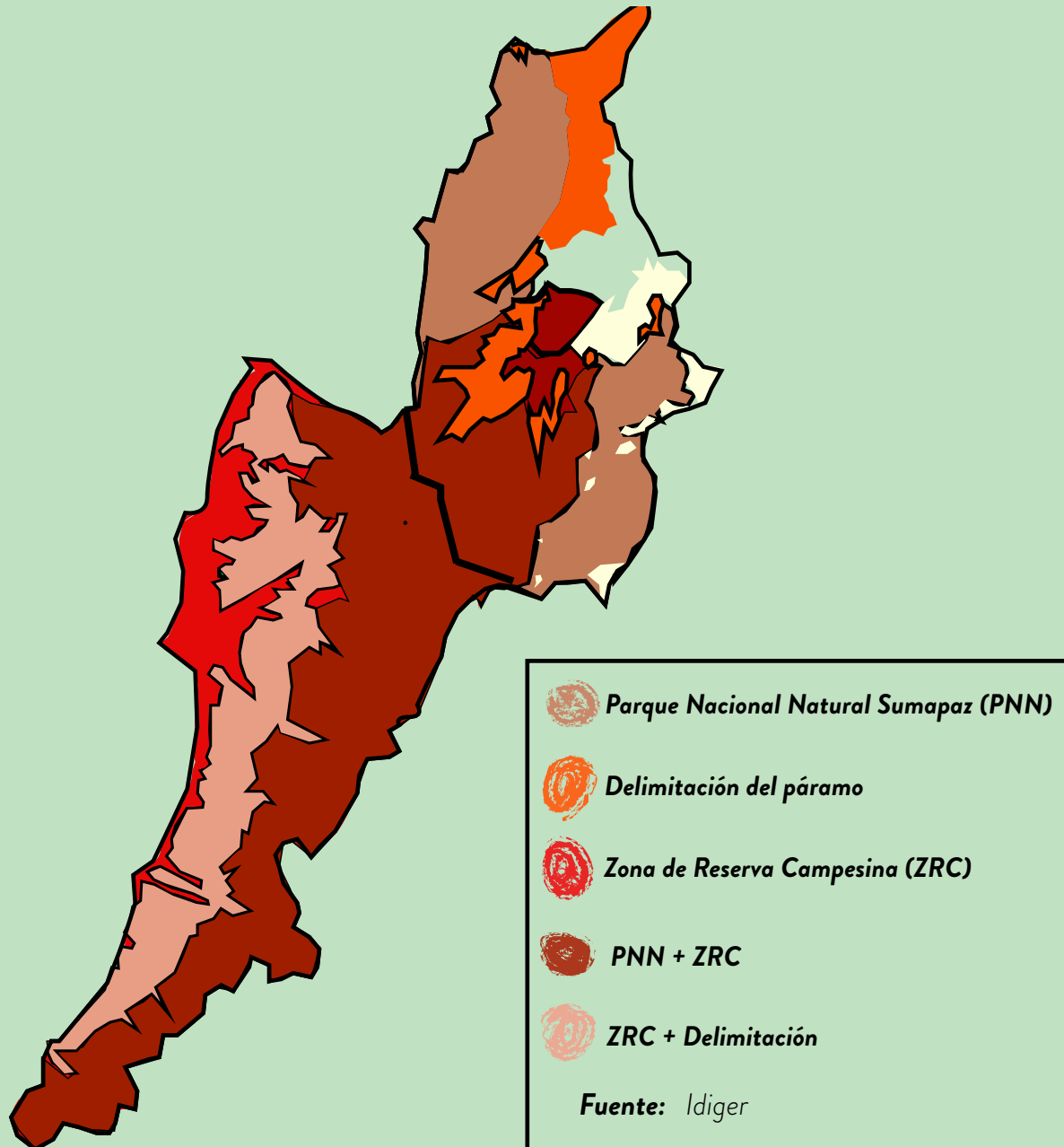
Marco Pardo, jefe del Parque Nacional Natural Sumapaz, explica que, según la ley, la función del Parque es conservar “el bosque altoandino, el complejo de páramos, y de paso preservar todos los bienes y servicios ambientales que se generan a través de la conservación de estos ecosistemas”. Los servicios ambientales, como explica la ecóloga Manuela Ruiz, hacen referencia a la regulación de los ciclos del agua, del aire y de polinizadores, como las abejas. Dentro del Plan de Manejo del Parque, se establece como objetivo garantizar un uso participativo de estos servicios ambientales, por medio de espacios de diálogo y acuerdos con la comunidad. Sin embargo, algunos campesinos afirman que la comunicación es escasa y que les ha tocado a ellos buscar formas de educarse con relación al cuidado ambiental, porque ese apoyo no lo han recibido ni del Parque, ni de otras entidades como la Corporación Autónoma Regional (CAR).

Además, estos propósitos, de conservar y preservar el páramo, han implicado también una restricción en los usos de los suelos del área del Parque. En varias zonas del PNN, incluyendo partes de algunas de las veredas de la localidad de Sumapaz, está prohibida la agricultura. De hecho, de acuerdo con el Plan Ambiental de la Alcaldía Local de Sumapaz, casi el 60% de los suelos de la localidad son área protegida. La mayoría de los campesinos que siguen cultivando lo hacen en las zonas permitidas para la agricultura, pero aún hay cultivos en áreas de suelo protegido, según el informe Identificación y priorización de escenarios de riesgo de la localidad 20, realizado por el Instituto Distrital de Gestión de Riesgos y Cambio Climático (Idiger). El corregimiento de San Juan, donde viven campesinos como Misael Baquero y Parmenio Poveda, es el segundo donde más se presentan estos cultivos irregulares, detrás del corregimiento de Nazareth. Entre San Juan y Nazareth, hay aproximadamente 286 hectáreas de este tipo.

Para varios campesinos de Sintrapaz, estas prohibiciones son como alarmas: alertan de un posible desplazamiento del páramo. Marco Pardo afirma que en ningún momento se ha desplazado a alguna familia de ahí. Aunque campesinos como Parmenio Poveda reconocen que las relaciones de diálogo con los funcionarios del Parque han mejorado, a otros habitantes, en cambio, aún les causa algo de desconfianza la presencia histórica de esta institución. Rafael* (nombre cambiado a petición del entrevistado) es un campesino que nació en el municipio de Cabrera y vivió varios años en el corregimiento de San Juan. Hoy en día, está en Bogotá. Para él, la presencia del PNN ha estado vinculada a un deseo de control del territorio y del agua.

Lo que ha sucedido con la política de delimitación del páramo es algo similar a lo que pasa con el Parque Nacional Natural.

Más aún, la delimitación del páramo ampliaría la zona en donde las actividades agropecuarias están prohibidas o restringidas (ver mapa abajo).



Zonificación de la localidad de Sumapaz

La zona del Parque Nacional Natural (rosa pálido) es la única que está vigente en la actualidad. De establecerse la delimitación del páramo, esta abarcaría una parte del norte de la localidad y el 78% del corregimiento de San Juan, que es el que está delineado en la parte inferior. En este territorio también es pretendido por el plan de la ZRC (rojo). La zonificación rosa, también en San Juan, indica el área del territorio en la que se cruzarían la zona de reserva y la delimitación. Es decir, en esta área, no podría haber ZRC.

En la localidad de Sumapaz, alrededor de 31.000 hectáreas están siendo usadas para la producción agropecuaria, según un informe de la Universidad de la Salle del 2019. Aunque no hay un dato exacto sobre qué porcentaje de esta área será afectado por la delimitación del páramo, lo cierto es que la mayoría de la actividad agropecuaria se concentra en el corregimiento de San Juan: el 56% del suelo se usa para esta actividad. Todo este corregimiento es un área pretendida de la ZRC. La propuesta de delimitación, como se ve en el gráfico anterior, abarcaría también una gran parte de este corregimiento, el gran foco de la actividad agropecuaria.

El problema se ha ahondado porque campesinos del Sintrapaz y de la Coordinadora Regional por la Defensa del Territorio y los Derechos del Campesinado en Sumapaz y Cruz Verde, no sienten que se haya realizado un proceso de participación campesina amplio. También consideran que no han recibido información detallada sobre lo que implicará la delimitación a largo plazo.

El historiador sumapaceño Carlos Morales explica que, para él, la delimitación cae bajo un discurso de la conservación desactualizado, que dice que

“los lugares para conservar no se pueden tocar, porque lo humano es externo, porque no somos parte de la naturaleza, y eso ya no es tan blanco y negro”.

Más allá de eso, no hubo espacios de diálogo, como reuniones para hacer propuestas conjuntas. Este fue uno de los argumentos que se utilizaron en la tutela que se interpuso en septiembre de 2019. Después de esto, la jueza Teresa de Jesús Montaña dejó sin efecto la delimitación y ordenó que se diera un nuevo proceso participativo.

Hernando Bejarano, miembro de Sintrapaz, explica que las reuniones de socialización e información por parte del Ministerio de Ambiente fue lo que se entendió como participación.

Aunque en la tutela se dio el plazo de un año para realizar este proceso, por la pandemia, el plazo se extendió. Durante finales del año pasado, funcionarios del ministerio se reunieron con otras personas involucradas en el proceso, incluidos los accionantes de la tutela, para socializar los nuevos cronogramas de trabajo. Los campesinos aún están a la espera de que haya claridad sobre la propuesta de la zonificación del área.

Es decir, de que se determine, finalmente, qué tipo de uso permitido tendrán las diferentes partes de la zona protegida y en cuáles, por ejemplo, se tendrá que hacer una adaptación de las actividades productivas. Esas decisiones, explica el funcionario del ministerio Luis Francisco Camargo, hacen parte de una fase posterior a la delimitación, la del plan de manejo, y deben estar a cargo de las autoridades ambientales regionales y los habitantes del páramo.

Hasta entonces, muchos campesinos tendrán la incertidumbre de no saber completamente qué será de su vida, y de sus actividades, en el páramo delimitado.

Las tensiones entre los campesinos y el Estado, sin embargo, se extienden más allá de estos choques por el manejo del páramo. Décadas atrás, la incursión del conflicto armado generó también conflictos entre los sumapaceños y el Estado, a quien percibieron como negligente.

Los años del terror

3.100 metros sobre el nivel del mar: *Cuando la carretera deja de ser plana, este páramo se desentiende de la pretensión de parecer cualquier otra cosa. Se ven faldas infinitas de frailejones alrededor, pintando el suelo de un verde grisáceo claro. Cada uno se demora años y años creciendo centímetros, pero son una de las razones por las que los páramos recogen tanta agua. El frailejón alberga la vida adentro, tras un proceso lentísimo hasta llegar a su madurez, se pueden demorar hasta un año en crecer un centímetro. Es tan especial como frágil: se puede dañar solo con pisarlo. Durante los años de conflicto armado en Sumapaz, los frailejones vieron el pasar de batallones, guerrillas, fusiles y enfrentamientos. Entre sus hojas, los combatientes de la guerra susurraban sus planes e historias, antes de reposar sus cabezas encima de estas plantas y tenderse a dormir. Pasarán años antes de que veamos crecer completamente a los frailejones que en esos años se perdieron.*

Misael Baquero siempre vivió en el páramo, exceptuando los meses que estuvo en la cárcel, acusado de ser guerrillero. Durante la década de los noventa, en los años de intensificación del conflicto en la localidad, Baquero cuenta que el Ejército, y otras entidades oficiales, estigmatizaron al campesinado, asociándolos con las guerrillas.

“Yo fui a la cárcel por ser guerrillero sin conocer guerrilla armada”, afirma. “Me imagino que alguna vez tomé cerveza con alguno, porque por aquí pasaba mucha gente, pero yo no supe”. El campesino cuenta que, en enero de 1991, el Ejército lo arrestó tras realizarle un montaje.

Un día, miembros del Ejército llegaron a su casa, y lo hicieron salir de ahí, junto a su familia. Después de unos minutos, lo llamaron de nuevo. Adentro de dos de los cuartos, los soldados encontraron dinamita y un fusil. Misael dice que las armas no eran suyas, ni de nadie de la casa. Explica que no supo de dónde habían salido y que en eso consistió el montaje.

Ese mismo día se lo llevaron a Bogotá, acusado de ser un cabecilla de la guerrilla. La versión del Ejército detrás de su captura la publicó El Tiempo en 1993: a Misael lo detuvieron acusado de ser cabecilla de las Milicias Populares de las Farc en San Juan de Sumapaz y de haber participado en el asesinato de dos soldados de Bogotá. Baquero mantiene su inocencia y argumenta que todo se trató de una persecución a las personas de ideología política comunista. En total, duró 23 meses encerrado y nunca fue condenado, por falta de pruebas, indica él. Cuando volvió a Sumapaz, a finales de 1992, se dio cuenta de cómo se había intensificado el conflicto, cómo había aumentado la presencia de la guerrilla.

Unas semanas antes de este suceso, la localidad de Sumapaz vivió lo que varios recuerdan como el primer acercamiento del conflicto armado reciente en la localidad: el desembarque militar en Sumapaz. El 17 de diciembre de 1990, los militares llegaron al corregimiento de San Juan. Parmenio Poveda lo recuerda como el “día del terror”. Cuenta que, hacia las 8:30 de la mañana, llegaron unos 16 helicópteros, y lanzaron bombas, que dice que “no eran de alto poder”. “Los animales bramaban, corrían, rompían cercas del terror tan terrible”, recuerda. “Llegaron a mi casa como a las 10 de la mañana, la rodearon y nos hicieron salir y yo sentí una humillación terrible”. A las 2 de la tarde, los citaron a Parmenio Poveda, a su familia y a todos los habitantes de la vereda de San Juan.

A esa hora se encontraron con un coronel. Les dijo que venía en pro de la paz, pero les advirtió que perseguiría hasta al cansancio a las guerrillas caseras, es decir, aquellas que “de día echan el azadón y a las seis de la tarde se colocan el camuflado y atacan”, recuerda Poveda.

Ese día, detuvieron a 16 campesinos, entre ellos Misael Baquero. Él le preguntó al capitán por qué estaban detenidos, que cuál era su delito. —Ahí seguramente se dieron cuenta que yo era un líder. — dice, reflexivo— Ahí seguramente me ubicaron.

A los detenidos los llevaron a la vereda San Juan, donde los presentaron ante el coronel. Él les dio una respuesta similar a la que le dio a Parmenio: al que le diera un azadón le iba a dar la mano y al que le diera un fusil le iba a dar plomo. Dijo también que su objetivo en Sumapaz era derrotar el comunismo, cuenta Misael Baquero. Para el campesino, esa tal vez fue la razón por la que lo encarcelaron: menos por presunto guerrillero y más por campesino con una ideología política a ser perseguida.

Este desembarque militar se produjo como consecuencia del ataque a ‘Casa Verde’ explica la abogada Carolina Daza, quien también tiene una maestría en Medio Ambiente y Desarrollo. ‘Casa Verde’ era uno de los campamentos de las Farc, ubicado en La Uribe, Meta, también parte de la región de Sumapaz. El 9 de diciembre de 1990, se realizó la Operación Colombia, mediante la que el gobierno de César Gaviria pretendía atacar este campamento. En la operación se movilizaron más de 7.000 tropas militares y se utilizó un gran despliegue de aviación y helicópteros, según relata Carlos Morales en el libro *Arando el pasado para sembrar la paz*. Sin embargo, después de la toma, no se logró capturar a ningún miembro del Secretariado de las Farc. Por eso, la presencia del Ejército se extendió por otros municipios de la región, incluyendo la localidad 20 de Bogotá.



Antes del cierre de este reportaje, se ha contactado al Ministerio de Defensa y al Ejército Nacional mediante un derecho de petición y correos electrónicos, para que detallaran la operación en la localidad de Sumapaz y sus objetivos, los protocolos para detener a las personas en la localidad, los procedimientos para evaluar la culpa o inocencia, y su versión sobre los relatos que afirman que hubo montajes. No hubo respuesta.

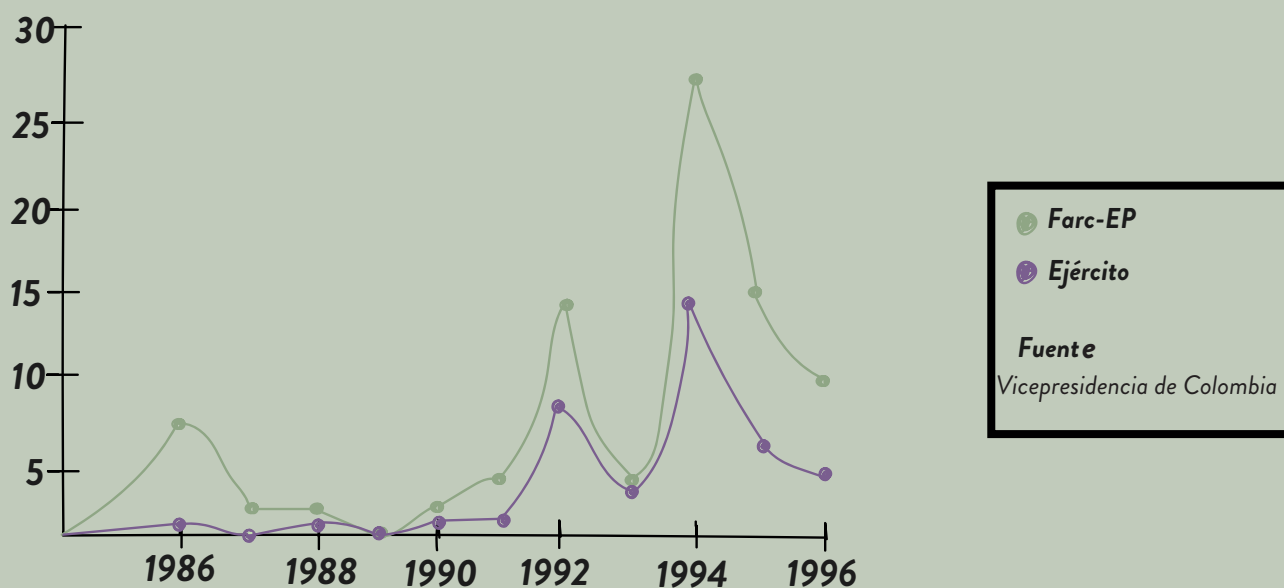
Antes de esta intensificación del conflicto, el territorio de Sumapaz ya había sido escenario de muchas disputas, como la de la tenencia de la tierra. Durante la época de La Violencia, según explica el historiador Carlos Morales, hubo persecuciones hacia los campesinos de la región por militar en el Partido Comunista, mientras cientos de desplazados llegaron al páramo, huyendo de la violencia en otras partes del país.

Desde principios de la década de los noventa, los sumapaceños se vieron enfrentados a olas de violencia en aumento, que llegaron a un pico a inicios de los 2000. En 1990 se registraron 12 ataques asociados al conflicto armado en la región de Sumapaz y, para el 2003, se reportaron 158 casos, según el Observatorio de Memoria y Conflicto del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). Esta base de datos agrupa a varios presuntos responsables, como las guerrillas, las Fuerzas Armadas y grupos paramilitares. Dos actores especialmente son prominentes en estos casos: las guerrillas y el Ejército.

De acuerdo con la Sala de Estrategia Nacional de la Presidencia de la República, las acciones armadas perpetradas por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (Farc-EP) en el Sumapaz se incrementaron después de 1992. Mientras que entre 1986 y 1991 se reportaron 18 acciones armadas de esta guerrilla, entre 1992 y 1996 se registraron 74, lo que representa un aumento de poco más del 300%.

Los enfrentamientos armados iniciados por la Fuerza Pública también incrementaron durante ese período de tiempo. Entre 1986 y 1991 se registraron 4, mientras que entre 1992 y 1996 hubo 38 (un aumento del 850%).

Número de acciones armadas 1986-1996



La ubicación estratégica del páramo, que conecta los departamentos de Cundinamarca, Tolima, Huila y Meta, además de estar cerca de Bogotá, hizo que fuera una región de gran interés. Durante de la VII Conferencia de las Farc, en 1982, se planteó el Plan Estratégico o Campaña Bolivariana por la Nueva Colombia, y se le dio importancia a la creación del Bloque Oriental, que garantizaría el cerco a Bogotá. Este funcionaría como un paso fundamental para fortalecer la presión de la guerrilla en el país, así como sus estrategias a largo plazo, publicó Verdad Abierta, en reportaje que menciona el período de los años 1980.

En últimas, la intención era estar cerca de la capital, para poder lograr la toma del Gobierno nacional.

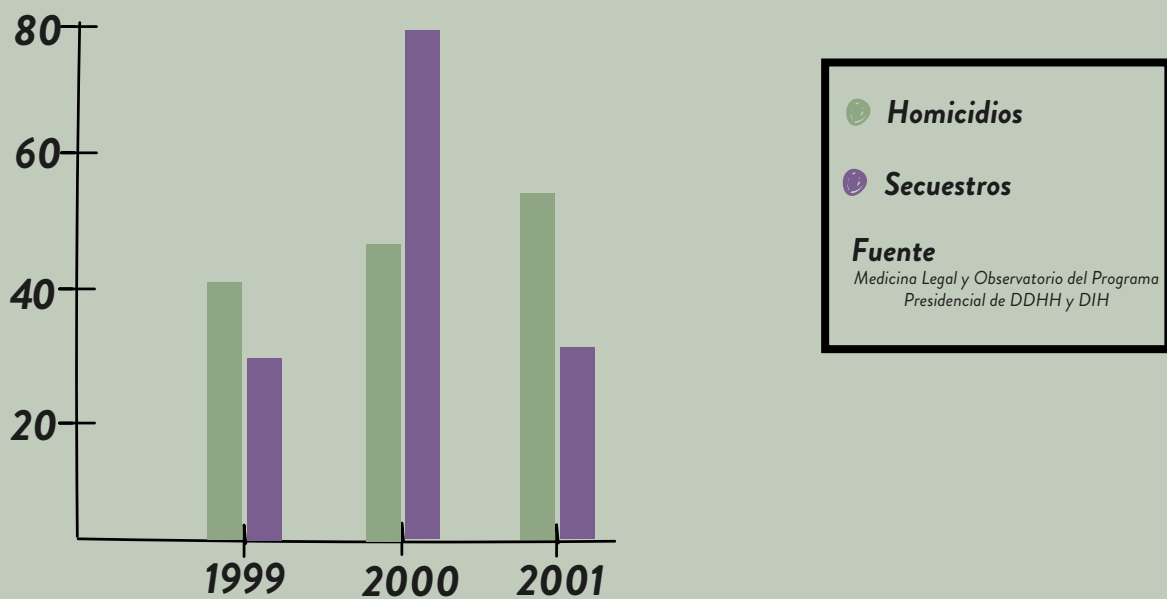
Aunque el plan inicial era crear ocho nuevos bloques, y reclutar a unos 25.000 hombres y mujeres más, solo se concretaron dos bloques y unas 1.200 personas más durante los siguientes ocho años, que era tiempo previsto, también de acuerdo con el medio de comunicación. A pesar de que este objetivo no se cumplió totalmente, durante estos años la presencia de las Farc se intensificó y la respuesta militar estatal también incrementó. Décadas después, la fundación del Primer Batallón de Alta Montaña en el 2001, en el municipio de Cabrera, a unos 35 km del corregimiento de San Juan, fue parte de la estrategia para enfrentar el alza en la actividad y presencia guerrillera, según el Centro Nacional de Memoria Histórica, en el informe *Conflicto y Memoria Histórica en el Sumapaz*.

En los años 2000, la localidad y la región del Sumapaz en general, también se vieron enfrentadas a un período difícil, donde las Fuerzas Militares, las guerrillas y paramilitares se disputaron el control del páramo. El Bloque Centauros, de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc), fue el grupo paramilitar que más presencia tuvo en la región, específicamente durante la década de los 2000. En el 2004, dentro de este Bloque se creó el Frente Sumapaz, que ocupó varios municipios de la región de Sumapaz, reportó Rutas del Conflicto en el proyecto Ríos de vida y muerte.

Según el Observatorio de Memoria y Conflicto (del CNMH), entre el 2002 y 2004 se registraron 66 casos de ataques perpetrados por los paramilitares. Más o menos un tercio de las víctimas eran campesinos o trabajadores en fincas. Esto dejó heridas profundas, y escondidas, por las desapariciones, asesinatos, ataques y abusos.

Los años 2000 y 2001, en particular, fueron graves. Según Medicina Legal, el número de homicidios en la región llegó a 55, en el año 2001, un aumento de un 17% con relación al año anterior. El número de secuestros, por su parte, incrementó en un 165% de 1999 al 2000, llegando a 77 casos, de acuerdo con el Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario.

Número de homicidios y secuestros 1999-2001 en la provincia del Sumapaz



La población civil y el mismo páramo sufrieron la guerra. Según la abogada Carolina Daza, estos períodos de conflicto causaron un desencuentro con el Estado, porque la misma institución ha violentado a la gente, tanto bélicamente con las Fuerzas Armadas como con otras formas de violencia, como el abandono y la negligencia con los servicios básicos, como educación e infraestructura en la región.

Este desencuentro con el Estado no es accidental o aleatorio. Para expertos y campesinos, puede ser interpretado como el resultado de décadas de persecución, ausencia, desinterés y violencia.

Parmenio Poveda recuerda hasta hoy cómo desde la boca de su abuelo salían las historias de las tristezas del páramo: cómo el gobierno arremetió contra los campesinos del oriente del Tolima y del Sumapaz en la época de Gustavo Rojas Pinilla, y llegaban los militares y amarraban a los hombres y violaban a las mujeres. Muchas décadas después, en la década de los 2000, los descendientes de esos campesinos se verían obligados a excavar los huecos que serían sus tumbas, si no le ayudaban al Ejército en su guerra contra las Farc.

Esta memoria heredada es lo que ha hecho que el relacionamiento de estos campesinos con el Estado sea de absoluta desconfianza, opina la abogada Ana Jimena Bautista. Y, aunque explica que no se puede generalizar, sí piensa que usualmente el campesino de hoy en día es el mismo que ha tenido una relación con el Estado de múltiples incumplimientos, de vulneración, violencias y intentos fallidos de realizar reformas agrarias y programas de intervención. Años después del silencio que le siguió al conflicto, aún quedan puntas sueltas sobre la reparación y garantía de no repetición para los campesinos víctimas y el páramo. Según un reportaje de El Espectador de 2019, al menos 230 víctimas de violencia en Sumapaz no habían sido reconocidas como tal por entidades nacionales.

Esto no solamente implica que no ha habido procesos óptimos en el manejo de estos casos, sino que hay otros campesinos, como Parmenio Poveda, que dicen no haberse reconocido a sí mismos como víctimas, en parte por la falta de acceso a información. Y, aunque la firma del Acuerdo de Paz entre el Gobierno nacional y la exguerrilla de las Farc en diciembre 2016 fue un aliento para muchos, a casi cinco años de la firma, aún persisten varios problemas en la localidad de Sumapaz, como la deficiente infraestructura, la poca presencia de instituciones gubernamentales y la inseguridad vinculada a las persistencias del

conflicto. En marzo de 2021, fueron asesinados cinco campesinos, en sucesos vinculados con disidencias de las antiguas Farc por publicaciones de la prensa nacional.

El páramo también quedó devastado por las consecuencias de la presencia de la guerrilla y del Ejército. Ríos y lagunas se contaminaron por la basura que ambos lados desecharon y cientos de frailejones fueron utilizados como almohadas en los campamentos de soldados y guerrilleros, como señala la antropóloga Carolina Angel Botero, en su artículo *Paz en otros términos: prácticas de cuidado mutuo entre soldados y frailejones en el páramo del Sumapaz*. Por cada soldado que estuvo en el Sumapaz, se talaron cinco frailejones para utilizar sus hojas como cobija, afirma Asojuntas en la tesis *De la defensa de la tierra a la del territorio: Transformación en las relaciones con el Páramo y giro eco-territorial en las comunidades campesinas del Sumapaz* de Carolina Daza.

La recuperación de estos daños al ecosistema es un proceso lento y que requiere de paciencia y cuidado. Además, los años de guerra también despojaron a los campesinos de la posibilidad de decidir sobre cómo querían que fuera el Sumapaz y el futuro del páramo. La constitución de la Zona de Reserva Campesina, por ejemplo, quedó trancada durante los años más intensos del conflicto, en gran parte porque no se sabía cuánto tiempo más durarían los hechos violentos o cuándo la localidad podría ser vista como un territorio de paz. La Zona de Reserva es una manera de tratar de implementar y vivir esta paz territorial, explica Hernando Bejarano, miembro de Sintrapaz.

“Tenemos que aprovechar el momento de la paz para alinear los incentivos y desarrollar las instituciones en el territorio que con el tiempo van a hacer valer los derechos de todos por igual”, decía Sergio Jaramillo, quien fue Alto Comisionado para la Paz, cuando hablaba de la paz territorial, en un artículo del mismo nombre. Es decir, que como unas regiones vivieron el conflicto más intensamente, debe haber una presencia de las instituciones diferenciada, para incentivar la paz. Este concepto es previsto dentro del capítulo de la Reforma Rural Integral (RRI) de los Acuerdos de Paz, considerada vital en las regiones rurales y aún más en las afectadas por el conflicto armado. La RRI tiene como objetivo transformar las condiciones del campo a partir de la regulación de la propiedad rural, del apoyo a las iniciativas campesinas y de un pare en la expansión de la frontera agrícola. Según el funcionario de la Agencia Nacional de Tierras Campo Elías Vega, este objetivo implica incentivar propuestas como las Zonas de Reserva Campesina, porque “permiten la participación directa de las comunidades en la construcción de planes de ordenamiento de sus territorios”.

Después de la firma del Acuerdo de Paz, la tensión entre la Zona de Reserva y la delimitación del páramo se hizo más evidente, porque fue precisamente un año después de la firma que se decretó la delimitación de los páramos en el país. El Acuerdo, por su parte, esperanzó a los campesinos sobre el avance de la ZRC. El choque de estas iniciativas repite tensiones históricas de su relación con el Estado. Sin embargo, también deja ver las formas de organización y resistencia de los campesinos, que se han apoyado los unos a los otros desde su relación cotidiana con el territorio.

El 'convite'

3.300 metros sobre el nivel del mar. La carretera destapada marca el ritmo con que carros, motos y caballos continúan subiendo el páramo. Es un recorrido empinado, lento y difícil. Para los que avanzan, el camino se ve hasta unos cinco metros más allá, la inclinación no deja avistar nada más. Muchos habrán pensado que toda esta senda ha sido la misma, larga, lenta y vacía. Una pared que mira hacia la carretera ostenta un mural que dice: "Sumapaz, territorio campesino". Adentro de las casas, están familias, dándole la bienvenida a la mañana con tintos hirvientes, pequeñas máquinas de niebla concentrada. Ellos sabrán, a diferencia de cualquier viajero casual, que se encuentran en el corazón de la localidad, en la vereda Las Sopas. Y en ella permanecerán, lejos de las miradas, con sus tintos y sus botas, sus labores diarias y anécdotas de turistas perdidos. Con sus voces hilan su historia y la de los demás conocedores de las entrañas de este páramo.



El páramo, en la localidad de Sumapaz, ha permanecido envuelto en lazos estrechos que hacen de él un hogar. Deisy Cifuentes, esposa de Misael Baquero y habitante de la vereda de Santo Domingo en el corregimiento de San Juan, es testigo de esto. Todos los miércoles, desde aproximadamente las 10 de la mañana, se reúne con campesinos de otras nueve familias de San Juan, a trabajar juntos y ayudar en la finca de alguno de ellos.

Esta iniciativa es el ‘convite’, un espacio destinado al trabajo comunitario, a la cooperación y a la solidaridad. La palabra convite, en el diccionario, se refiere a la acción de invitar o convidar, según la Real Lengua Española. En el caso de las familias de San Juan, se invita a los miembros del ‘convite’ a una finca distinta cada miércoles, a que ayuden en lo que es necesario, y, a cambio, se ofrece la propia colaboración en cada una de las fincas. Participan sumapaceños de todas las edades, aunque cuando los niños se cansan de trabajar, se van a jugar. Los trabajos que realizan van desde arborización o cercado de fuentes hídricas para su protección, hasta la preparación del almuerzo del día o limpieza de los potreros. La tarea es cumplir con lo más urgente, sea lo que sea.

Deisy cuenta que la iniciativa le parece “muy chévere”, porque “todos y todas vamos a trabajar, y a hacer lo que toque. Así nos ayudamos entre vecinos y también nos reímos un montón”, dice, esforzándose por ocultar una carcajada. Explica que hacen un montón de chistes y recordarlo le da risa. Misael Baquero muestra uno de los últimos chistes que hicieron por el grupo en WhatsApp. Tanto la aplicación como las bromas hacen parte de los estrechos lazos del ‘convite’.

Misael cuenta que todos participan en una charla de balance en los almuerzos de los miércoles, para discutir cómo va su progreso en el día y con

relación a metas más grandes. Por ejemplo, durante el 2021 las familias del ‘convite’ lograron comprarse un motocultor pequeño para la labranza, que pagaron entre todos. Se lo rotan entre las fincas, y así tienen un uso más eficiente y con un menor impacto en los suelos.

Aunque por la pandemia las reuniones y actividades se pausaron, y hasta finales del 2020 retomaron las actividades, Deisy afirma que el ‘convite’ es una iniciativa muy sólida. Desde más o menos el 2017 surgió la idea de conformar este grupo, a raíz de una sugerencia de la profesora Laura Wilches, del colegio Erasmo Valencia. Por esa época, muchos de ellos estaban tratando de hacer una transición hacia la agroecología, y Wilches les sugirió que se unieran para ayudarse entre todos. Ahora, todos están cultivando igual, a lo orgánico, afirma Deisy.

El camino hacia la agroecología no ha sido fácil para muchos miembros del ‘convite’. Les ha tocado aprender a cuidar los suelos y las plantas de otras formas, y se han tenido que proteger de las plagas por otros medios, como con unos “caldos” que preparan, plaguicidas hechos sin químicos. Haber logrado que las familias del ‘convite’ ahora cultiven orgánico respalda algo que por mucho tiempo se ha sabido en Sumapaz: aprender haciendo, y de campesino a campesino, es una potente herramienta para avanzar y cuidar del territorio. Y, tal como este ‘convite’ en específico, el páramo está lleno de varios otros: de organizaciones campesinas del pasado y del ambiente mismo, que han trazado lazos estrechos para que el Sumapaz sea un hogar.

Los primeros pobladores del páramo pertenecían al pueblo indígena Sutagao, según explica la abogada Carolina Daza en su tesis acerca de la localidad de Sumapaz. Llegaron al páramo entre los siglos IX y X. Ellos veían al páramo como un territorio sagrado y limitaban su uso para actividades de caza o recolección.

Después, durante la colonia española, conquistadores se asentaron en los poblados indígenas, por medio del sistema de la encomienda, y se incrementó la agricultura y la ganadería. Los españoles, sin embargo, aun percibían el páramo todavía como un lugar inhóspito y alejado de la mirada pública. No fue hasta finales del siglo XIX y principios del siglo XX, que Sumapaz empezó a recibir centenas de personas que lo vieron como un lugar para vivir. Eso sucedió a partir de la expansión de la frontera agrícola alrededor del país y del desplazamiento de familias por hechos como la Guerra de los Mil Días, según explica el historiador Carlos Morales.

Durante el siglo XX, los enfrentamientos entre hacendatarios y colonos y la búsqueda de mejores condiciones de trabajo y de vida fortaleció la organización campesina sumapaceña. Así, a pesar de todos los conflictos, muchas de las familias campesinas que llegaron ahí a inicios de ese siglo permanecen. La razón de que hayan logrado quedarse, según la abogada Daza, es que la organización se adaptó a las necesidades de cada tiempo: pasó de luchar por la tierra en sus inicios a, más recientemente, defender el territorio.

Es decir, que se pasó de tener una organización para obtener un lugar propio, sin estar bajo la explotación económica del sistema hacendatario, a querer defender el territorio como expresión de la identidad, historia y futuro.

La organización campesina para obtener garantías de la propiedad de la tierra o una mejor calidad de vida no se limitó a los triunfos individuales. En cambio, a partir de mediados del siglo XX, organizaciones como Sintrapaz o posteriormente las Juntas de Acción Comunal (JAC) se centraron en solucionar problemas cotidianos, explica Morales.

La prioridad para la comunidad fue construir escuelas, caminos y hospitales. Esto, especialmente ante la débil presencia estatal que, por mucho tiempo, no garantizó los servicios o condiciones para tener una vida digna.

De hecho, hasta finales del 2020 se inauguró una sede la Alcaldía local de Sumapaz en la misma localidad, porque antes, por aproximadamente tres décadas, estaba en la localidad de Kennedy, en Bogotá. Esto le significaba un viaje de unas tres horas a los habitantes de Sumapaz para resolver cualquier situación que involucrara a la Alcaldía local. Además de esto, varias partes de la vía a Sumapaz están destapadas y en fincas como la de Misael Baquero no hay servicio de ninguna telecomunicadora. Según explica el sociólogo Mateo Vásquez, estas formas de organización cotidiana son un ejemplo de la defensa del territorio, porque “se está protegiendo también todo lo que está enraizado a él, las prácticas, la producción, el trabajo comunitario, las relaciones entre vecinos”.

Los conflictos en la localidad de Sumapaz no están únicamente en la esfera social y humana. El ecosistema paramuno, que tuvo sus inicios hace dos millones de años, también se ha enfrentado a disturbios, que lo han hecho un ecosistema frágil y, sin embargo, inmenso y con muchas capacidades. Los páramos tienen sus orígenes durante el período geológico del Pleistoceno, que empezó hace dos millones de años y acabó en el año 11.700 a.c.

Ahí empezó a surgir la vegetación típica de los páramos, explica el biólogo David Rivera en el libro *Páramos de Colombia*. Durante este período geológico, ocurrieron las últimas glaciaciones en el mundo, y una gran parte de lo que es el páramo actual se encontraba bajo el hielo. Según el biólogo Jesús Orlando Vargas, al retirarse los hielos, lo que queda en el ecosistema es abundante agua, en sus muchas formas: lagunas, humedales, pantanos.

Lo que empezó en el Pleistoceno como vegetación “de páramo”, es decir, frailejones, pajonales y pastizales, principalmente, a los 2.000 metros sobre el nivel del mar, es hoy en día un mundo en sí mismo, vasto e imponente.

Los páramos tienen rutas extensivas y entrelazadas de cuerpos de agua, faldas kilométricas de frailejones, y niebla hasta dónde llega la vista. Albergan tanto osos de anteojos y jaguares, como ranas verdes y mariposas. Los páramos proveen de agua a más del 70% de la población de Colombia, aunque solo abarquen el 2% del territorio nacional, según se indica en El Gran Libro de los Páramos de Colombia, del Instituto Humboldt. A pesar de todas estas características a resaltar, el biólogo Vargas indica que los páramos son ecosistemas frágiles y que evolucionaron bajo condiciones de mucho estrés.

Las bajas temperaturas, acidez en el suelo, alta radiación solar y bajos niveles de oxígeno son algunas de las características que produjeron estrés en la evolución del ecosistema. Por ejemplo, diariamente la variación extrema de la temperatura puede ir desde los 0°C hasta los 30°C. Los bajos niveles de oxígeno y alta radiación ultravioleta han afectado directamente la fotosíntesis en las plantas, que se han tenido que adaptar a estas condiciones, que no son las usuales. Las bajas temperaturas, en particular, generan un ecosistema de procesos muy lentos. Por ejemplo, según explica Vargas, la materia orgánica, cae al suelo y se acumula en las plantas, porque se descompone muy lento. “Uno ve los frailejones y tienen como una capa de hojas muertas en los tallos. Esa es la biomasa muerta, que llamamos también necromasa”, indica el biólogo. El páramo funciona como un gran circuito interconectado, un convite en sí mismo, que se ajusta a los diferentes tipos de estrés, para subsistir y tener grandes capacidades. Plantas como los frailejones recogen y almacenan agua, que nutre a los suelos, animales y ríos y quebradas del páramo. El agua que aquí se produce llega a todos los rincones del país. La niebla, casi siempre presente, amortigua los efectos de la alta radiación solar, y las plantas se

protegen de ella al reflejarla, con hojas plateadas y vidriosas.

Ante el estrés a las que se ha enfrentado el páramo de Sumapaz por los conflictos sociales y las condiciones biofísicas, el páramo mismo se ha consolidado como una especie de gran ‘convite’, soportado por lazos estrechos, entre campesinos, organizaciones y naturaleza. El páramo pasó de ser el paisaje inhóspito y ajeno a la interacción humana a ser el centro de la lucha por mantenerlo, justamente, como el hogar de la gente y la naturaleza, por igual.

Superando las fragmentaciones

3.500 metros sobre el nivel del mar. *San Juan, corregimiento, es más vasto de lo que alguien podría llegar a descubrir, en una, dos, ocho visitas. Su territorio ocupa 394 km², casi la mitad de toda la localidad. La llegada a San Juan, vereda, a veces toma por sorpresa. La vereda son unas cuantas hileras de casas. Algunas están sobre la vía principal, y otras se ven en calles secundarias. Aquí, todo el mundo se conoce entre sí. El hombre que pasa con una manada pequeña de perros atrás es el sobrino de la señora de la tienda, que se avista por la ventana empañada de frío. En las mañanas, los sonidos que se escuchan afuera son los de los animales y adentro de las casas, las tiendas y la escuela, las risas retumban, así como los chismes e historias. El contraste entre el ruido de afuera y de adentro crea un murmullo constante, velado por el viento. Un ruido que recuerda el ritmo del agua andante, del aire entre las hojas y de los animales que andan entre la niebla.*

A principios del 2020, el páramo de Sumapaz se enfrentó a cuatro días de incendios casi imparables por la zona cercana al Meta. Según datos del PNN Sumapaz, se afectaron unas 2.000 hectáreas, que equivalen al tamaño de la localidad de Bosa. Como la vía está destapada en varias partes, los bomberos siempre se demoran en llegar. Los campesinos de la localidad 20, entonces, han sido los encargados de controlar las llamas en varias ocasiones, incluyendo el caso de principios del 2020, aunque no haya sido en el territorio de la localidad. “Cuidar de todo el páramo es lo que importa”, dice Misael.

Misael Baquero tiene unas 20 fotos en su celular de esa última salida a apagar el incendio. Las llamas se ven altísimas en todas, las imágenes de hombres con ruanas son consumidas por el halo anaranjado. Misael cuenta que para las expediciones de apagar los incendios se alistaron unas 30 personas. Para llegar al punto, se demoraron más o menos 13 horas a caballo y se quedaron apagando las llamas otras ocho o nueve horas. Utilizaron las ruanas mojadas

para golpear la vegetación en fuego y también guadaña para cortar algunas de las plantas afectadas. . Después de dos días de trabajo, lograron apagar todo el fuego de un lado de la montaña, pero las llamas que que habían avanzado al otro lado, que eran pocas, en comparación, estaban fuera de su alcance. Esas las apagaron los bomberos y unidades del Ejército, la Policía Nacional e incluso del Acueducto y otras entidades locales.

Para Misael Baquero y sus compañeros, apagar el fuego que consume a todo el páramo es otra manera de cuidar su hogar y de conservarlo. Después de varias décadas en las que las prácticas productivas utilizadas causaron problemas en el ecosistema, acciones como esta, o la transición de varias familias hacia la agroecología, son formas de darle vida de vuelta al páramo. El sociólogo Mateo Vásquez explica que estas se llaman actividades de provisión, que consisten en “entregar algo al ecosistema, y no solo aprovechar los recursos naturales”. Más ejemplos de esto son la siembra de árboles o de frailejones, o las labores de recolección de desechos en los ríos.

Aunque no hay datos sobre la recuperación total que se ha generado a partir de estas acciones, en 2012 se reportó que casi la totalidad los predios de la localidad, el 97%, dijeron tener presencia de bosques, frente al 75% que reportado en 2000.

Además, durante este intervalo de tiempo, hubo una disminución de alrededor del 38% en la cantidad de campesinos que utilizan químicos para sus cultivos.

“Es justamente la presencia de los campesinos la que ha garantizado el cuidado y la conservación del páramo, por cómo lo cuidan”, afirma Marco Pardo, jefe del Parque Nacional Natural Sumapaz. En ese sentido, Pardo explica que

no ve ningún posible conflicto con el PNN y la constitución de la Zona de Reserva Campesina.

De hecho, destaca que el Parque Nacional Cordillera de los Picachos, en los departamentos en Caquetá y Meta, ha funcionado a la perfección con la constitución de la ZRC de Pato-Balsillas, que está en el mismo territorio. Pardo afirma que la clave es mantener un diálogo permanente acerca de lo que se quiere para el futuro del páramo.

Desde la perspectiva de varios de los campesinos, como los de Sintrapaz, la Zona de Reserva Campesina es precisamente una alternativa más para darle vida de vuelta al páramo. Parmenio Poveda explica que los promotores de la ZRC esperan que, con su constitución, puedan tener más apoyo por parte de diferentes tipos de instituciones y del Estado para diversificar sus actividades productivas y para hacer que la agricultura orgánica sea más fácil de realizar. Además, proyectan conseguir capacitaciones y recursos para aproximarse a la agricultura, y otras actividades, de una manera distinta. La abogada Carolina Daza concuerda con esto y afirma que la ZRC podría hacer que este tipo de actividades de provisión o de cuidado del medio ambiente sean incluso más conscientes y parte de un plan estructurado a largo plazo.

Si la presencia de los campesinos y sus actividades puede ser complementaria con el mismo territorio, y sus ritmos, ¿por qué persisten las tensiones entre la ZRC y la delimitación del páramo? Lo que ha pasado durante varios años es que las relaciones de diálogo y de entendimiento entre todos los actores que tienen que ver con el Páramo de Sumapaz se han visto quebrantadas. “Las autoridades y personas que intervienen en el ordenamiento territorial están acostumbradas a pensar desde su cuadrito y no siempre se dan cuenta que se está hablando del

mismo territorio”, explica la abogada Ana Jimena Bautista.

Cuando esto sucede, es más probable que se produzcan quiebres y desencuentros en la relación de actores como los campesinos y las autoridades ambientales.

Siendo así, las distintas visiones que se tienen sobre lo que es el páramo y cómo se debe cuidarlo se quedan en orillas opuestas, a veces sin un esfuerzo de pensar cómo se concilian o complementan. Por ejemplo, a pesar de que el Plan de Desarrollo de la Zona de Reserva proponga algunos posibles caminos para incentivar la agroecología, entidades como la Agencia Nacional de Tierras y el Ministerio de Ambiente no lo consideran suficiente. Campo Elías Vega, funcionario de la agencia, afirma que la ZRC no es viable hasta que no haya un plan de manejo que se ajuste a “las necesidades cambiantes del territorio”. Lo que pasa, según el historiador Carlos Morales, es que en este ejercicio de duda sobre la sostenibilidad de la ZRC se está dudando también de la capacidad de los campesinos de convivir con el territorio. “Cuidar el páramo es lo que se ha hecho desde que llegamos a Sumapaz”, afirma Morales, “y es lo que se seguirá haciendo, porque es lo que el campesino sabe hacer”.

Lo que es necesario, entonces, es que las prácticas de cuidado al páramo se incentiven y se apoyen desde las instituciones, para que cada vez sean más utilizadas, explica el biólogo Jesús Orlando Vargas. También defiende la agricultura a pequeña escala y uso de abonos orgánicos para garantizar la conservación y recuperación del páramo. “El gobierno debe ser el encargado de darle respuesta a los campesinos, para que puedan adaptar sus actividades y permanecer ahí”, indica el biólogo. Para Vargas, la contratación de campesinos por las instituciones puede ser una forma de vincularlos más a la restauración del ambiente.

La ecóloga Manuela Ruiz explica también que es vital que se aclaren los posibles usos del suelo en la delimitación del páramo de forma participativa, desde el nivel predial hasta escalas más amplias. Ruiz afirma que esto podría ser una herramienta importante para que los mismos habitantes de Sumapaz sean conscientes de “cómo son las rutas del agua, en qué partes hay cambios en la vegetación o suelos”. La ecóloga indica que esta consciencia y conocimiento acerca de cómo funciona el ecosistema es clave para que las diferentes generaciones de campesinos sean más conscientes de cómo cuidar el páramo y sus especies.

La respuesta al conflicto entre los campesinos e instituciones, entre la Zona de Reserva y la delimitación, no es sencilla. Lo que es claro es que no se debería seguir pensando en los campesinos y el páramo como algo separado, ni desde orillas distantes. A los ojos de académicos como el sociólogo Mateo Vásquez, la visión que recae a veces sobre el páramo y su manejo es muy conservacionista. “Bajo ese lente se entiende que la naturaleza se preserva cuando está aislada de la intervención humana, y se podría pensar que los campesinos son incompatibles con el páramo”, indica. Un páramo que separa.

Pensar en la colaboración y convivencia entre los campesinos y las instituciones no es una utopía. Durante los incendios de principios del 2020, ambos trabajaron conjuntamente, para proteger el ecosistema y ayudarlo con su restauración. Parmenio Poveda no estaba en el grupo que apagó el incendio, pero también ha convivido con el territorio en su día a día por seis décadas, y nunca podría pensarse como incompatible con el páramo. Es el frío que siente en la madrugada y de noche, la niebla que colorea todos los días, la tierra que conoce y que ha trabajado. Recorrer el Sumapaz es atravesar un entramado de

luchas y de historias, de procesos que empezaron hace miles de años y que, hasta hoy, siguen definiendo y transformando el páramo. Menciona frecuentemente que algunas de las peores cosas que pasaron en la localidad no las cuenta ningún libro. La nueva historia de diálogos y convivencias se podría quedar también entre los campesinos y el páramo. La niebla la podría cubrir, como el páramo se traga el ruido andante. Pero este nuevo relato podría ser también como el agua del páramo, que llega y abastece a cualquier lugar del país. Un páramo que une.

3.700 y más allá. En los lugares más altos de esta tierra no hay más color que el blanco de la niebla que lo acobija todo. Baja por las laderas, circula los ríos, sigue a los caminantes y se cuela entre las ruanas. Entre esta capa blanca lo que existe es un universo camuflado: historias y luchas de décadas, desencuentros y daños, vínculos y nuevos pactos. El nombre de páramo, indicativo de lo lejano, frío, inhóspito, no alcanza para describir toda la cantidad de vida y pertenencia que acobija la niebla y que acalla el viento.



AGRADECIMIENTOS

Agradezco profundamente a quienes me han acompañado con sus palabras, consejos, correcciones y aliento durante la realización de este reportaje y estos años de universidad. Atesoro y valoro todo lo que me han enseñado durante este tiempo y espero poder hacerles justicia en lo que viene para mi carrera profesional. Agradezco a las comunidades campesinas de la localidad de Sumapaz, en especial al Sindicato de Trabajadores Agrícolas de Sumapaz, a Parmenio Poveda, Misael Baquero, a Carlos Morales, a Hernando Bejarano y a Deisy Cifuentes. Su disposición, amabilidad y conocimiento fue de gran ayuda para este trabajo, gracias por darme la bienvenida a sus historias y a su Sumapaz. Al páramo más grande del mundo, hogar de tanta diversidad y ejemplos, de profundidad y de vida.

Le doy gracias a Fernanda Barbosa, mi directora de tesis. No pude haber sido guiada por alguien más riguroso, comprometido y lleno de grandes ideas como tú. Gracias por tu paciencia y tu acompañamiento, por tu retroalimentación y aliento. Agradezco a mis amigos y gente más amada, su compañía y amor es fundamental para todo lo que hago. Gracias a Álvaro, por su apoyo invariable, su crítica y compañía del alma. A mis papás y Carlitos, se los debo todo a ustedes, gracias por apoyarme y empujarme a más.